

V A R I A

LA EXPEDICION CIENTIFICA A LAS ISLAS BAHAMAS

Cuaderno de bitácora

P O R

ANTONIO RUMEU DE ARMAS

Las crónicas que aquí se insertan se publicaron en el diario madrileño "YA", en mayo-junio de 1968. La reproducción en una revista científica les asegurará una mayor perennidad.

I. GUANAHANÍ, LA ISLA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA, MISTERIO Y ESPERANZA

A una sensibilidad humana excesivamente materializada le parecerá una empresa romántica y vacua el que un puñado de españoles hayan cruzado el Océano Atlántico y navegado el "mar de España" con el propósito acuciante de identificar la isla de Guanahaní, primera que avistó el almirante de las Indias don Cristóbal Colón en la singular aventura de hacer redondo el mundo para que nuestra Patria lo ciñese con su emblema.

Ante cualquier actitud escéptica cabe formular esta serie de interrogantes: ¿Qué valor tiene un centenario? ¿Qué importancia el nacimiento de Cervantes en Alcalá de Henares? ¿Cuál la gloria de Elcano al circunnavegar por primera vez el Orbe? Son hechos de estimación simbólica a los que rinde culto la Humanidad desde

sus mismos orígenes. Y no olvidemos que el hombre se diferencia de los animales en que tiene noción del pasado y del porvenir ..

El objetivo de la expedición no ha sido satisfacer una mera curiosidad, sino supervalorar un hecho histórico que tiene rango y categoría de símbolo. Si el descubrimiento de América es —según la afirmación de López de Gómara, por nadie desmentida— “la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió”, nada de particular tiene que tantas generaciones se hayan afanado por determinar el punto exacto donde se hizo realidad.

EL PATRONATO “DOCE DE OCTUBRE” ASUME LA TAREA

El Patronato es un organismo cultural privado que tiene por finalidad exclusiva la exaltación de la gesta del descubrimiento en el más amplio sentido de la palabra. La iniciativa y planteamiento del mismo es obra personal de don Torcuato Luca de Tena, quien ejerce las funciones de presidente y de quien recibe constante acicate y estímulo.

Se nutre económicamente con las aportaciones de Prensa Española, la Fundación March y las cuotas de protectores y socios.

La tarea de identificar la primera isla descubierta por Colón ha sido bautizada con la denominación específica de “Operación San Salvador”. Se acomete con un rigor científico extraordinario, aplicando en ello las más avanzadas técnicas. Para determinar cuál fue la primera tierra que pisó Colón actúan ocho comisiones, en las que trabajan hermanados hombres de ciencias y de letras: marinos, meteorólogos, cartógrafos, antropólogos, geólogos, historiadores, etcétera. Dichas comisiones actúan con independencia para determinar cada una un objetivo concreto: la ruta de Colón en su travesía por el mar océano; las circunstancias atmosféricas con que tropezó en septiembre-octubre de 1492; la arquitectura de las carabelas; los cambios operados en la geografía insular; las descripciones del *Diario de a bordo* del Almirante; las características somáticas de los aborígenes; el reflejo del descubrimiento en la cartografía de la época, y el análisis minucioso de las diversas teo-

rías en pro y en contra de las islas que se disputan tan inmarcesible gloria.

UNA ARDUA PROBLEMÁTICA

La determinación de la isla del Descubrimiento no es tarea fácil. Como empresa humana hay que calificarla de muy ardua. Bastará declarar que medio centenar de científicos y eruditos se han aplicado, con singular tesón, a descifrar el enigma, sin acompañamiento de éxito. Las tesis contrapuestas han acabado por tejer una malla impenetrable, donde hay que abrirse paso con el machete como en la manigua antillana.

Dos islas han disfrutado, con sobrada razón, de particular preferencia por parte de los historiadores: *Watling* y *Cat Island* (isla del Gato). La primera lleva hoy, por designación oficial inglesa, el nombre de San Salvador; la segunda fue portadora de idéntica denominación en tiempos más remotos.

Se inclinan a favor de *Watling*, Juan Bautista Muñoz, Beecher, Peschel, Gould, Massey, el almirante Murdock y Morison. Apoyan la tesis *Cat Island*, Washington Irving y Alejandro Humboldt.

Pero otras islas del archipiélago de las Lucayas han tenido asimismo sus adeptos y defensores. El insigne americanista Fernández de Navarrete se inclinó en su día por la isla *Gran Turco*. Varnhagen apoya la identificación con *Mayaguana*. El capitán Fox vota por *Samana* o Artwood Cay. Verhoog y Link rompen lanzas por *Caicos*.

Más aventurada es todavía la hipótesis del naturalista David Fairchild, quien, guiado por la espesura de los bosques descritos por Colón, infiere que ninguna de las antedichas ínsulas puede ser Guanahaní, y sí, en cambio, una de las tres Bahamas con monte: Andros, Gran Bahama y *Abaco*, con preferencia esta última por ser la más oriental.

EL "DIARIO DE A BORDO" DEL ALMIRANTE, NUESTRO GUIA

La ignorancia en que vivimos con respecto a la isla del Descubrimiento es fácil de intuir y explicar. En primer lugar, porque

en su época la gesta tuvo una valoración relativa, muy inferior a la que hoy le damos. El apremio, casi angustioso, por llegar al continente —en el caso de Colón, a la India— convirtió a la “primera tierra” descubierta en mero “accidente” de un viaje cuajado de inquietudes y emociones. En segundo término, porque se ha perdido buena parte de la documentación colombina; en nuestro caso concreto el original del *Diario de a bordo*, así como diversos relatos y mapas relativos al descubrimiento, escritos y dibujados por el propio almirante.

El *Diario de a bordo* de Cristóbal Colón ha sido nuestro guía. Como es bien notorio, el único texto conocido de este singular documento está transcrito por la mano de Fray Bartolomé de las Casas. Ahora bien: el fraile dominico unas veces extracta y otras reproduce literalmente el famoso diario colombino, en el que introduce más de una involuntaria errata. Por esta circunstancia sus descripciones, del más imponderable valor, siempre nos parecen recortadas y exiguas.

Otro español insigne, Hernando Colón, hijo natural del descubridor, tuvo en sus manos el famoso *Diario* al redactar la discutida *Historia del Almirante*. Por eso será siempre digno complemento de los escritos paternos y base para una posible rectificación de los mismos.

LA EXPEDICION A LAS ISLAS BAHAMAS

Desde un principio estuvo previsto en el seno del Patronato que una comisión de expertos se trasladase al archipiélago de las Bahamas o Lucayas para resolver sobre el terreno las dudas o problemas sin posible solución en la fase de estudios de gabinete. Ese momento se consideró llegado al finalizar el año 1967. Había que escoger para ello la fecha óptima, y consultados por nuestros asesores náuticos los *Pilot Charts* (editados por la Oficina Hidrográfica de los Estados Unidos) quedó fijado el mes de abril para la exploración “in situ” proyectada.

¿Cómo calificarla? En nuestra opinión, de trepidante aventura. Durante quince días un grupo de españoles e hispanoamericanos hemos seguido las huellas de Colón en cada una de sus singladu-

ras y arribadas, experimentando las mismas emociones y sorpresas. Cuanto nuestros ojos divisaron y nuestra mente captó en esta singular empresa será objeto de venideras crónicas.

II. LOS NUEVOS ARGONAUTAS DE LAS ANTILLAS

La expedición a las islas Bahamas o Lucayas la formábamos un grupo de hombres tan homogéneos en espíritu como dispares en actividad profesional. A la primera circunstancia debemos todos el grato recuerdo de una convivencia fraterna y armónica a lo largo de unas jornadas de tan intensa emoción para el alma como aspereza física para el cuerpo. ¡Jornadas inolvidables!

El capitán del grupo fue siempre don Torcuato Luca de Tena. El mejor elogio que pudiera hacerse de su actuación es que no nos dejó descansar un segundo, en su noble empeño por que todo fuese visto y contrastado hasta en los más nimios detalles. Luca de Tena ha cobrado tal pasión por el problema, que, sin proponérselo, es hoy un excepcional experto colombino. La lectura reiterada del *Diario de a bordo* ha dejado grabada en su mente párrafos íntegros del texto del Almirante, que recitaba como música de fondo ante la contemplación de cualquier accidente de la costa o del terreno.

Don Aurelio Tió, presidente de la Academia de la Historia de Puerto Rico —amante de España como el que más—, une a sus profundos conocimientos en los secretos entresijos del mar de las Antillas un inagotable caudal de información histórica. Hombre de fino humor y abierta simpatía, ha despertado en todos nosotros una entrañable amistad.

Don Luis Sánchez de la Torre, profesor de Geología histórica de la Universidad de Madrid, ha sido nuestro guía en el intrincado laberinto de la formación de las islas Lucayas y sus posibles alteraciones dentro de la etapa histórica, con un conocimiento profundo y una seguridad admirable. El material recogido en las prospecciones está pendiente ahora de análisis y estudio.

El capitán de corbeta don Julio Valdelomar, barón de Fuente de Quinto, dio reiteradas pruebas en las distintas singladuras de

su excepcional experiencia náutica, sorteando arrecifes y cayos, y anunciando, con agorera perspicacia, el tiempo de cada día. Es nuestro perito en cálculos de toda índole.

El teniente de navío don Pedro Castiñeiras une al conocimiento del mar el estudio minucioso de las fuentes históricas. Nadie conoce como él las diversas teorías emitidas en pro de la identificación. Su juicio se reveló siempre ponderado y certero.

El secretario de la expedición, don Darío Valcárcel, fue un hombre polifacético: tesorero, intendente, aposentador, mecánico, grumete. Y todo lo hizo siempre bien.

A ellos hay que añadir el que suscribe, que aportó unos gramos de experiencia histórica.

COLABORADORES Y MEDIOS DE TRANSPORTE. LOS ABOGADOS DEL DIABLO

Los enviados especiales de Televisión y NO-DO don Enrique Torán, don Juan de la Chica y don Carlos Jiménez han recogido por aire, mar y tierra un material gráfico de valor imponderable en esfuerzo sobrehumano, sin escatimar fatigas o riesgos.

A la compañía *Iberia* debemos la gentileza del transporte aéreo desde Madrid a Nueva York, así como incontables atenciones. La exploración por aire fue llevada a cabo en un bimotor Beechcraft, pilotado por el coronel James Frew. Y los itinerarios marítimos, cubiertos en un "trawler", su nombre *Tucaway*, de 49 toneladas, 20 metros de eslora y una velocidad de crucero de nueve nudos. El propietario y piloto de la embarcación era el contraamaestre retirado de la Armada americana Littleton B. Walker. Para facilitar al amable lector la ambientación le diremos que nuestro navío era algo más pequeño que la carabela colombina *La Niña*.

Con objeto de que se comprenda lo arriesgado que es navegar entre los arrecifes del banco de las Bahamas es conveniente saber que la primera embarcación contratada, *Honey Fish*, partió su quilla y quebró la hélice dos jornadas antes del arribo.

La expedición tuvo su cuartel general en un cómodo refugio de aficionados a la pesca submarina, el Cutlass Bay Club, emplazado en la costa meridional de la isla del Gato. El bar salón del



Grupo de expedicionarios en el aeropuerto Kennedy de Nueva York, esperando al avión que había de transportarlos a Rock Sound, en la isla Eleuthera.



El profesor Rumeu de Armas al descender del avión en Madrid, de retorno de la expedición a las Bahamas.



El Cutlass Bay Club, cuartel general de la expedición. Isla del Gato.



El *Tucaway*, pequeño "trawler" de 49 toneladas, en el muelle de Hawks Nest Creek, una vez finalizada la exploración marítima de las islas Bahamas.

club, la cabina de la avioneta y la cámara del *Tucaway* fueron nuestro seminario de trabajo, donde todos asumimos el papel de “abogados del diablo” para deshacer cualquier hipótesis demasiado aventurada, contrastar pareceres y consolidar puntos de vista.

EL ESCENARIO GEOGRAFICO

La contemplación de las islas Lucayas emocionaría al ser más insensible. El 12 de octubre de 1492, la Tierra se hizo redonda por obra de un visionario soñador, la fe ciega de unos excelsos monarcas y la pericia y experiencia náutica de los pilotos y marinería de la región bética. Aquí alumbró el Nuevo Mundo, y España alcanzó en él la cima de su “empinamiento”, como diría Andrés Bernaldez.

Cristóbal Colón describe a Guanahani en estos términos: “Es una isla bien grande y muy llana y de árboles muy verdes y muchas aguas y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde, que es placer mirarla”.

Las islas Lucayas tienen entre sí una gran similitud: son verdes, llanas y con lagunas. Vistas desde el mar se asemejan a inmensos cocodrilos que durmiesen un sueño eterno bajo la suave caricia del aire tropical.

El archipiélago de las Bahamas está constituido por 24 islas y tres millares de isletas y cayos. Su suelo es de escaso relieve sobre el nivel del mar; las más altas colinas no exceden de 30 a 60 metros. En tiempos geológicos remotos fueron una inmensa plataforma expuesta a la acción reiterada de los agentes subaéreos, que erosionaron profundamente la superficie. De esa plataforma, hoy apenas sumergida, emergen las islas Lucayas, de fisonomía alargada, en cuya composición entran casi exclusivamente sustancias calizas muy solubles de acumulación eólica. La acción disolvente de las aguas de lluvia sobre las rocas, junto con el desgaste eólico, han esculpido formas pintorescas. Suponiendo que el nivel del mar llegara a bajar cien metros, las islas Bahamas quedarían soldadas en su mayor parte; en esta circunstancia radica el riesgo y hasta la imposibilidad de recorrerlas.

LA FLORA Y LA FAUNA

Las Lucayas han padecido un drástico proceso de deforestación. Hoy predominan las palmeras, los cocoteros, el monte bajo y los bellos manglares en las riberas de los esteros.

El paisaje que Cristóbal Colón divisó debió de ser más atractivo y bello. “En estos tiempos —dice— anduve así por aquellos árboles, que eran la cosa más hermosa de ver que otra cosa que se haya visto, viendo tanta verdura en tanto grado como en el mes de mayo en Andalucía. Y los árboles están tan disformes de los nuestros como el día de la noche; y así las frutas y así las hierbas y las piedras y todas las cosas.” Líneas adelante del *Diario* vuelve a ponderar los frutos: “. huelen que es maravilla; que estoy el más penado del mundo de no los conocer, porque soy bien cierto que todos son cosas de valía ”. No menos le impresionan las aves: “Y el cantar de los pajaritos que se diría que el hombre nunca se querría partir de aquí, y las manadas de papagayos que oscurecen el sol, y las aves y pajaritos de tantas maneras y tan diversas de las nuestras, que es maravilla ”.

La fauna de las Lucayas era muy pobre, salvo en aves y pájaros. El almirante apenas descubrió serpientes, perros mudos y la impasible iguana, especie de dinosaurio enano.

LA EXPLORACION AEREA

Nuestro contacto con la civilización activa tuvo su término en el aeropuerto de Rock Sound, en la isla Eleuthera, estación terminal de las compañías aéreas americanas. De esta manera puede asegurarse que la exploración por aire dio comienzo el día 6 de abril, pues la avioneta que nos condujo a la pista de aterrizaje de Cutlass Bay, en la isla del Gato, hizo un minucioso recorrido de toda la parte septentrional y media de dicha isla, mientras las cámaras disparaban incesantes los tomavistas.

La jornada siguiente, 7 de abril, fue reservada para la exploración aérea de las islas Lucayas, vinculadas a la gesta colombina.

En primer lugar sobrevolamos Cat Island en su zona meridional, contemplando los lagos que herían nuestras pupilas con el fulgor del agua iluminada por el sol. Nuestro segundo objetivo fue la isla Watling, a la que dimos dos vueltas consecutivas, observando sus más nimios accidentes geográficos. Como etapa final, el avión enfila las islas Exuma y Long Island (Fernandina). En este itinerario, el material fotográfico recogido es del más imponderable valor.

De esta manera, la exploración marítima quedó reservada para el día siguiente.

III. EN BUSCA DE LAS "TANTAS ISLAS"

Quien haya visitado otras islas tropicales, de exuberante vegetación, tendrá que convenir que las Lucayas menores, pese a los desmesurados elogios colombinos, no rebasan el límite de una discreta belleza. La monotonía del paisaje es nota distintiva y dominante. El monte bajo cubre buena parte de la superficie, sobre el que emerge la línea grácil de la palmera y el cocotero.

En cambio, el océano que circunda a las islas es de imponderable belleza visto desde tierra, mar y aire. Ello se debe a los contrastes de color provocados por la diversidad de accidentes y fondos subacuáticos. Las islas están rodeadas de arrecifes y cayos, restingas y lajas, que determinan pavorosas líneas de rompientes. A ello hay que sumar los bajos rocosos, las algas petrificadas, las formaciones madreporicas y los transparentes bancos de arena, que afloran casi a nivel del mar y constituyen auténtica maravilla para los ojos absortos. El mar, al contacto con tan diversos accidentes, se descompone en una gama infinita cromática de azules y verdes, con una malla de blanca espuma superpuesta.

El almirante no fue ajeno a los peligros del mar de las Antillas, contra los que procura guarecerse. En su puntual *Diario* escribe: "Yo temía de ver una grande restinga de piedra que cerca aquella isla en derredor". Más adelante puntualiza: "Hay algunas peñas acerca de tierra, debajo del agua, por donde es menester *abrir el ojo*".

Las islas Bahamas son hoy día el paraíso de los aficionados a la pesca submarina. Por la variedad y la singularidad de las especies, y más aún por los vivos contrastes de color. Cristóbal Colón no puede ocultar su admiración: "Aquí son los peces tan diformes de los nuestros, que es maravilla. Hay algunos hechos como gallos, de los más finos colores del mundo: azules, amarillos, colorados y de todos colores, y otros pintados de mil maneras; y los colores son tan finos, que no hay hombre que no se maraville y no tome gran descanso a verlos. También hay ballenas".

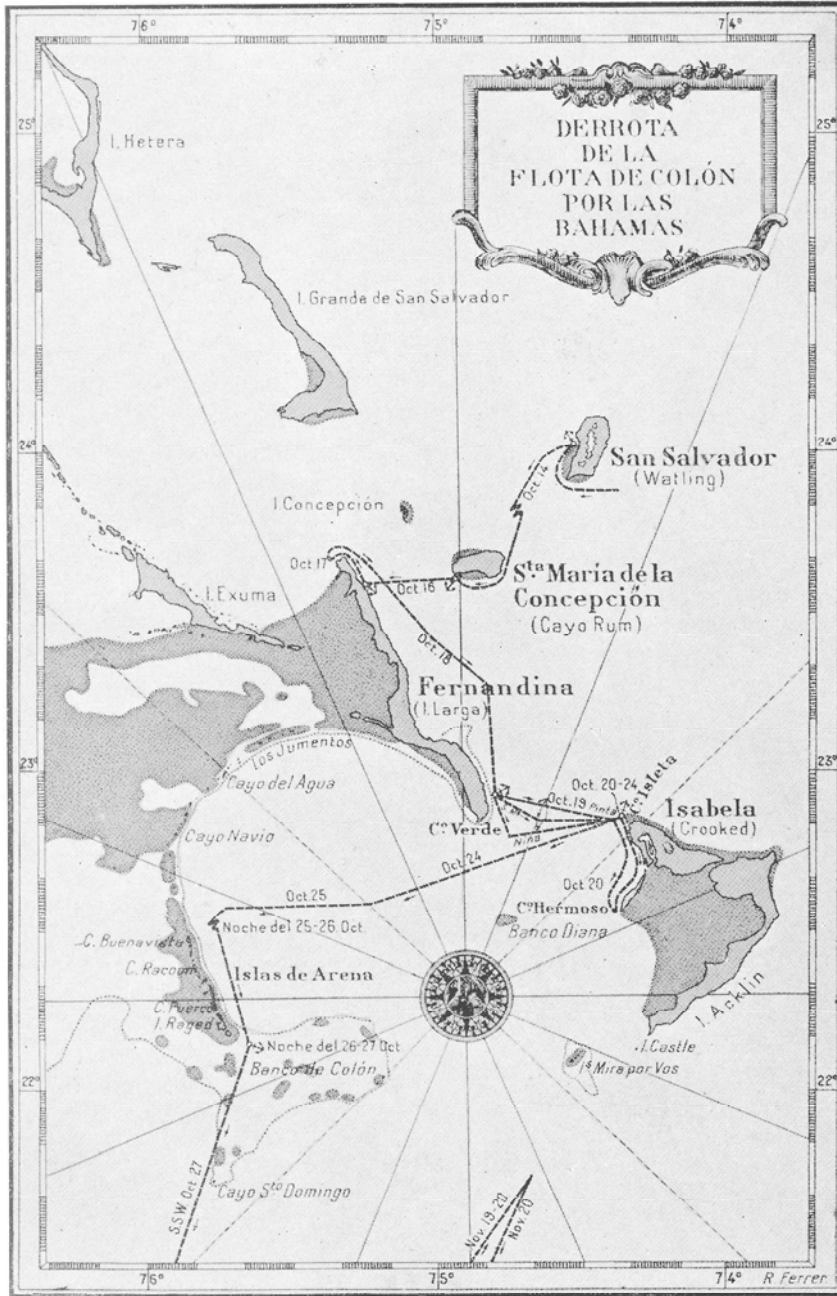
CINCO DIAS DE EXPLORACION

La exploración de las Lucayas por vía marítima se inició el 8 de abril para tener digno remate el 13 al atardecer. El océano se mostró con nosotros más riguroso que con Colón, ya que navegamos siempre con mar muy gruesa, y hasta tuvimos que guarecernos todo un día, el 12 de abril, en Port Nelson, al redoso de la isla Rum Cay, para protegernos contra un impetuoso temporal del Norte.

El primer objetivo del viaje era la exploración marítimo-terrestre de las dos islas sobre las que recaen más indicios de identificación en su favor: *Watling* y *Cat*.

El segundo objetivo, determinar en qué punto del mar de las Lucayas recaían condiciones más óptimas para una confluencia visual de muchas islas. Es sabido que cuando Cristóbal Colón abandonó Guanahaní el 14 de octubre de 1492, apenas transcurridas unas horas, divisó diversas islas. El párrafo pertinente del *Diario* dice así: "Después me volví a la nao y di la vela, y vide tantas islas que yo no sabía determinarme a cuál iría primero. Y aquellos hombres (indios) que yo tenía tomado me decían por señas que eran tantas y tantas que no había número, y nombraron por su nombre más de ciento."

Para cumplimentar dicho objetivo navegamos desde *Cat*, rumbo Sudoeste cuarta del Sur, con dirección a la isla de *Exuma* y sus aledañas, a las que avistamos dentro de los cálculos previstos. El primer islote que se presentó a nuestra contemplación fue el de *Stocking*, en vanguardia de la isla mencionada. La misma com-



Mapa de las islas Lucayas o Bahamas. El itinerario que aparece señalado es el de los partidarios de la identificación San Salvador (Guanahani) = Watling.

probación se efectuó desde Watling, con rumbo Sudoeste, para divisar las islas Concepción, Booby Cay y Rum Cay, y observar el posible efecto de multiplicidad provocado por el relieve desde la lejanía.

El puente del "yacht" *Tucaway* no superaba los 4,80 metros, mientras que la cofa de la nao *Santa María* de Colón alcanzaba los 19. Si tenemos en cuenta que la altura de las islas oscila, por término medio, entre los 20 y los 40 y le sumamos otros 20 metros como límite de la vegetación arbórea, es fácil calcular por medio de unas tablas de alcance visual geométrico la distancia de *avistamiento*. Las comprobaciones que se hicieron en este sentido respaldaron plenamente el cómputo realizado en la fase de gabinete. Ese fue uno de nuestros pasatiempos en las interminables horas de navegación.

EL ITINERARIO COLOMBINO AL ZARPAR DE SAN SALVADOR

Cuando el almirante abandonó Guanahaní en la tarde del 14 de octubre de 1492, con rumbo probable Sudoeste, escogió, entre las muchas islas que divisaba, como segundo punto de recalada, la de Santa María de la Concepción, situada a siete leguas de aquélla. Una tercera isla, mucho más grande, descubrió casi simultáneamente, la Fernandina, cuya exploración reservó para la jornada inmediata.

Estas dos islas, hoy identificadas con Rum Cay y Long Island, fueron el postrer objetivo de la expedición.

La travesía desde Watling a Rum Cay, con simple marejadilla, nos hacía imaginar que navegábamos sobre un lago, olvidados de tumbos y machetazos. Aquella jornada fue un auténtico *maná* piscícola. Luca de Tena y Valdelomar capturaron feroces e indigestas *barracudas* junto con un *king mackerel* de sabrosa y delicada carne.

La noche del 11 de abril fue a bordo un auténtico festín gastronómico. El operador de Televisión Enrique Torán, alquimista culinario, nos obsequió con un *kingfish* al horno digno de paladares regios.

Pero aquella jornada nos reservaba todavía más de una sorpresa.

LA PESCA DEL TIBURÓN Y EL ECLIPSE DE LUNA

Después de una laboriosa maniobra para fondear en Port Nelson (Rum Cay) sobre un banco de arena de tres metros de profundidad, la noche nos envolvió con el verdor de un cielo y un mar iluminados por la luna.

De pronto vimos perfilarse sobre la arena la sombra zigzagueante de un tiburón que hacía la ronda a barracudas y carnaza, aquerenciado con la quilla del navío. Sus pasadas y extravíos debieron durar más de una hora. Hasta que Julio Valdelomar, caña en ristre, decidió probar fortuna y arrostrar, llegado el caso, la pelea. La captura del tiburón hasta que fue izado a bordo se desarrolló con singular maestría. Pero el goce visual supera toda ponderación y resulta indescriptible. El *flash* continuo de los cámaras iluminó el fondo submarino, que se descompuso en tonalidades de verde pálido burbujeantes e irisadas. Y en medio bailaba la danza de la muerte el enorme escualo entre escorzos y cabriolas.

En la noche tropical, cálida y enervante, el 11 de abril nos reservaba otro espectáculo: el eclipse de luna. Vimos borrarse, en el perfil, palmeras y cocoteros, y nos sumimos en un sueño alucinante y febril...

COMPAS DE ESPERA Y RETORNO

En la madrugada del 12 de abril, un cambio brusco meteorológico exigió que el *Tucanway* se aferrase a la arena con una segunda ancla. Horas más tarde, el pronóstico era grave: el temporal del Norte nos imponía forzosa inmovilidad, pues los partes emitidos incesantemente por radio aconsejaban extremar la prudencia.

La jornada del 12 de abril fue la única tediosa de la singular aventura: éramos once hombres encerrados en una celda —la cámara del “yacht”— con la inquietud de perder nuestros enlaces aéreos si el temporal se encabritaba. Por esta circunstancia hubo que renunciar a la exploración de la parte septentrional de Long Island, alterando así el plan previsto.

El día 13, con las primeras luces del alba, pudimos al fin zarpar de Rum Cay. El viento predominante era este-nordeste, con mar muy gruesa y tendida. A mitad de camino divisamos conjuntamente Booby Cay, Concepción y Long Island, para arribar a Hawks Nest Creek, en la isla del Gato, y a nuestro cuartel, el Cutlass Bay Club, en las primeras horas del atardecer.

IV. ENTRE DOS ISLAS —WATLING Y CAT— ANDA EL JUEGO

Cuando el almirante don Cristóbal Colón tomó posesión de Guanahani el 12 de octubre de 1492, quedó admirado de la belleza de la raza indígena: "Son muy simplices y muy lindos cuerpos de hombres". En otro párrafo del *Diario* los retrata más a lo vivo: "Ellos andan todos desnudos, como su madre los parió, y también las mujeres, aunque no vide más de una harto moza. Y todos los que yo vi eran todos mancebos, que ninguno vide de más de treinta años. Muy bien hechos, de muy hermosos cuerpos y muy buenas caras. Los cabellos gruesos, casi como sedas de cola de caballo, y cortos. Los cabellos traen por encima de la ceja salvo unos pocos detrás, que traen largos, que jamás cortan. De ellos se pintan de prieto...; dellos se pintan de blanco, y dellos, de colorado... Y dellos se pintan las caras, y dellos, todo el cuerpo, y dellos, sólo los ojos; y dellos, sólo la nariz". Es harto difícil hacer, en pocas líneas, un retrato más fiel.

Estos indios lucayos, del grupo arauco (*arwak*), están extinguidos desde el siglo XVI. Las enfermedades propagadas por los europeos los diezmaron materialmente. El resto emigró a las grandes Antillas, al señuelo de un ambiente más próspero y grato y una demanda insistente de mano de obra.

Hoy, la raza negra ha suplido al indio en las Lucayas. Colón se lamentaba de la indolencia de los indios, poco inclinados a trabajo; pero los negros dan la impresión de estar sentados bajo los cocoteros de sol a sol.

LOS ELEMENTOS DE IDENTIFICACION DE SAN SALVADOR

En la noche del 11 de octubre, antes de despuntar la Luna, el almirante, estando en el castillo de popa de la nao *Santa María*, aseguró divisar una *lumbre*. Este es uno de los elementos de identificación más discutidos. Para unos, tal visión era el producto de una imaginación acalorada y febril; para otros, una realidad insoslayable.

En el primer supuesto, como las velas redondas de la nao le ocultaban toda visibilidad por proa, la lumbre tuvo que ser divisada por estribor o babor. Esa luz podía provenir de tierra —punto clave, porque señalaría la presencia de una isla a derecha o izquierda de la ruta que seguían las carabelas— o de lucayos pescadores entregados a sus faenas más habituales.

La isla de Guanahaní, bautizada San Salvador, fue calificada por Colón como “bien grande”. Pocos detalles más nos da el almirante en las observaciones subsiguientes al desembarco: “Esta isla es bien grande y muy llana y de árboles muy verdes y muchas aguas y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde, que es placer de mirarla... Ninguna bestia de ninguna manera vi, salvo papagayos”.

EL BOJEO DEL 14 DE OCTUBRE: LA RESTINGA, EL PUERTO Y LA PENINSULA

Otro extremo de particular interés es determinar la costa de la isla que avistó Rodrigo de Triana a la luz de la Luna en la madrugada del 12 de octubre. Si el almirante venía navegando con rumbo Oeste, es preciso admitir que los navíos quedaron al paio, hasta el alba, frente a la costa oriental. En cambio, surgen encarnizadas discrepancias en cuanto al punto exacto de desembarco en la isla de Guanahaní. Hay quienes, en pura lógica, lo hacen descender en las playas del Este, es decir, las mismas que avistó, basados en el elocuente silencio del *Diario*. Otros, en cambio, arrastran, por su cuenta y riesgo, a las embarcaciones al sur y al oeste de la Isla de San Salvador para hacerlas fondear en aquellos puntos más propicios a sus teorías.

La cuestión no es baladí, ya que cuanto Colón vio y, por ende, describe, fue contemplado en la proximidad del punto en que tomó solemne posesión de la isla de Guanahaní en nombre de sus excelentes protectores.

Además, el 14 de octubre, desde ese mismo fondeadero, lleva a cabo el famoso bojeo o exploración, donde va a determinar los *accidentes* más notables para la identificación de San Salvador.

En primer lugar encontró en su ruta como obstáculo una insalvable línea de rompientes o *restinga*: “Yo temía de ver —dice— una grande restinga de piedras que cerca toda aquella isla alrededor”. Prosiguiendo la exploración observó poco más tarde un lugar costero, donde desde la misma restinga, “entremedias queda hondo y *puerto* para cuantas naos hay en toda la Cristiandad, y la entrada de ello muy angosta”. Con respecto a dicha ensenada natural, añade: “Es verdad que dentro de esta cinta hay algunas bajas, mas la mar no se mueve más que dentro de un pozo”.

El último accidente en que fija la mirada era una península, cuya contemplación le sugiere la posibilidad de construir en ella una torreta defensiva. Oigamos al almirante: “Y para ver... dónde pudiera hacer, vi un pedazo de tierra, que se hace como isla, aunque no lo es, en que había seis casas. El cual se pudiera atajar en dos días por isla, aunque yo no veo ser necesario, porque esta gente es muy simplice en armas”.

Dicho bojeo se verificó a remo, lo cual determina la corta distancia geográfica de la exploración.

LA ISLA DE WATLING

Era obligado el reconocimiento de esta ínsula, como la más divulgada por la historiografía reciente. El arribo a la misma se verificó en el atardecer del 11 de abril. El *Tucaway* consiguió atracar en el diminuto embarcadero de Cockburn Town, aldea negra de particular atractivo, emplazada en la costa occidental.

El próximo crepúsculo nos impedía ya toda actividad exploradora, y puesto que el *Museo Colombino* de Mrs. Ruth Wolper estaba anunciado a bombo y platillo, decidimos girar una visita

al mismo. Nuestra desilusión fue inmensa, pues no justificaba el dólar por cabeza estipendio de entrada. Apenas descubrimos fotografías del duque de Veragua y el capitán Etayo, portadas de populares revistas españolas y una colección de restos y hachas prehistóricas, agavilladas en las más remotas y extrañas latitudes. Mrs. Wolper, “enamorada” de Colón, explota en el lugar un grupo de bellos “bungalows”, cuyo poder de evocación debe ser muy fuerte para que los turistas americanos soporten el fétido olor del lago próximo y la punzante picadura de millares de mosquitos.

A la mañana siguiente se llevó a cabo la exploración marítimo-terrestre para reconocer Graham’s Bay, así como la *península* que limita la rada por levante, ambos accidentes en la parte más septentrional de Watling. Unos expedicionarios fueron por mar y otros por tierra para confluír en el punto indicado. Mientras el profesor Sánchez de la Torre llevaba a cabo sus minuciosas catas en la península, Tió, Castiñeiras y quien suscribe acometimos en “jeep” el reconocimiento de las tierras costeras y los lagos del interior, divísando, entre otros evocadores lugares, el castillo arruinado de Watling y la gran cruz blanca levantada sobre las rubias arenas de Bonefish Bay.

CAT ISLAND

La isla del Gato fue explorada con la misma atención y despierto interés que su vecina. La única diferencia estriba en que, siendo nuestro cuartel general, se verificó por etapas.

El reconocimiento marítimo se llevó a cabo, a bordo del *Tucaway*, a todo lo largo de la costa meridional. Una segunda exploración, más minuciosa, se centró en torno al trozo de costa que delimitan Devil’s Point y Hawks Nest Creek. En una lancha con motor fuera borda se acometió el recorrido pormenorizado de Springfield (también conocido por Frankfort Creek). La ensenada interior, de inverosímil profundidad, es algo así como un Mar Menor a flor de agua, con una lengua que materialmente la cierra. Por esta circunstancia, nuestra motora encallaba a cada instante. La bahía exterior, con poco fondo asimismo permite fondear y



El *Tucaway* durante la travesía.



La pequeña avioneta preparada para la exploración aérea.



Rumeu de Armas junto a la gran cruz blanca levantada sobre las rubias arenas de Bonfish Bay (Isla de Watling).

salir en seguida a mar abierto. Más interesante fue la exploración del estero de Hawks Nest, al que abriga la península del mismo nombre, de notoria importancia. El recorrido se verificó entre barracudas y tiburones, encallando sin cesar en sus bajíos. Más de una vez Luca de Tena tuvo que sumergirse, con el agua a la cintura, para impulsar la diminuta embarcación. En aquel trance todos nos mojamos, y quien firma estas líneas, hasta el mismo cuello.

En cuanto a la *península* de Hawks Nest, fue el profesor La Torre quien, como experto geólogo, sudó fuerte en el minucioso estudio de la misma bajo el implacable sol tropical.

DEDUCCIONES NADA MAS

La expedición ha terminado. Si acaso, cabe señalar, a título de complemento, la expectación producida ante la conferencia de prensa de Nueva York, que tuvo por sede el Consulado de España en la ciudad de los rascacielos y por actores, junto a los *argonautas*, a los corresponsales de toda la prensa solvente mundial.

Llegado a este punto el lector estará demandando insensiblemente: *conclusiones*. Y eso es lo que no podemos darle. Es asunto "sub *judice*". Las siete comisiones del Patronato Doce de Octubre son las llamadas a estudiar y desmenuzar ahora los informes colectivos e individuales de los expedicionarios, junto con todo el material recogido, entre el que sobresale el gráfico. Más tarde, la Comisión de Resultados dirá la última palabra.

Conclusiones, no: deducciones, sí. La más importante por el momento es ésta: la imposibilidad absoluta de que todos los elementos de identificación encajen en una isla, es decir, coincidan perfectamente. Para que el lector nos comprenda reduzcamos a piezas de un "puzzle" o rompecabezas todos y cada uno de los elementos de identificación: rumbos, costa avistada, punto de desembarco, lago, restinga, puerto, península, etc., etc. Pues bien: todos esos elementos jamás coincidirán en una sola y única isla de las Lucayas. La Comisión de Resultados tendrá que descartar los secundarios para fallar, en su día, en qué isla recaen los elementos clave para la identificación. Esa será Guanahaní.

Si este objetivo se frustra habrá que llegar a una conclusión dolorosa y negativa: que el *Diario de a bordo* de Colón es una reproducción veraz, pero no fiel —fotográfica—, de San Salvador y que fue escrito, “a posteriori”, en Barcelona, sobre notas y recuerdos personales, que hacen totalmente imposible desentrañar el misterio que tanto ha apasionado a generación tras generación.